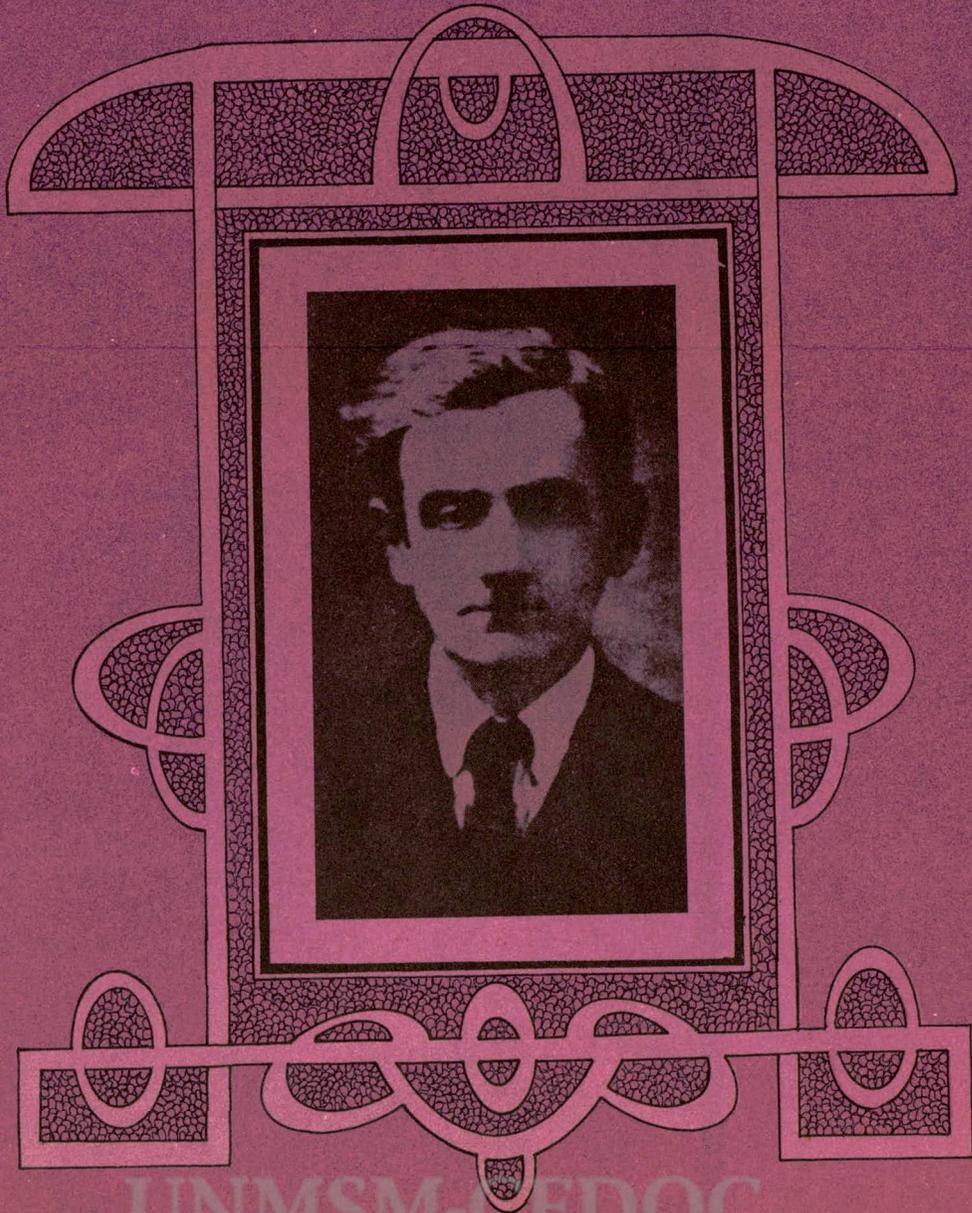


# EGUREN



El modernismo hispanoamericano conmemora este año dos fechas significativas: el centenario del nacimiento del peruano José María Eguren y el del argentino Leopoldo Lugones; y al igual que en 1967 por motivo del centenario de Rubén Darío, tal vez se volverá a medir los méritos de los renovadores del modernismo y, sobre todo, el interés que puede aún despertar en este momento en el lector de nuestros días. Pero la celebración de Eguren tendrá probablemente características particulares, que obligarán a no formular juicios en base a la tradicional alternativa de ocaso o resurrección, tal como se plantea maquinalmente cada vez que se conmemora a un escritor importante del pasado. La razón de ello es la persistente e injusta secundaridad de Eguren, pese a alcanzar un reconocimiento sin reservas entre sus contemporáneos más selectos e inclusive por parte de personalidades como Borges y Moro; además de la circunstancia de que en la poesía local, desde los años treinta hasta ahora, encabeza una línea minoritaria pero genuina, constante y sin contaminantes extraliterarios.

Efectivamente, su caso es distinto al de otros modernistas y hasta va más allá de la propia revaloración de la escuela a la que perteneció, pues el arte de nuestro poeta, aunque modernista, contiene algunos de los gérmenes de la poesía moderna occidental; sin duda, claro ejemplo de su simpatía y permeabilidad, aun con las formas estéticas más radicales, es su "Canción cubista", una de las últimas piezas escritas por él, y que bien podría considerarse como una apertura —trunca por la muerte del autor— hacia la revolución vanguardista. En consecuencia, por un lado, su condición de notable segundón y, por otro, su sin-

gularidad dentro del modernismo, forzosamente obligarán a que no se piense, cuando se hable de Eguren, en ocasos o incineraciones, sino en términos de verdadero nacimiento literario, vale decir, de que su presencia entre nosotros sea al fin rotunda y viva, como una suerte de moderno clásico hispanoamericano.

Así, pues, volvemos a este poeta de oscura vida y breve obra, en quien no hay rasgos de precocidad, afán de éxito, expansión textual, ni nos habla de su país, su tiempo, sus penas y amores, como la mayoría de los escritores de todas las épocas y latitudes; en cambio, sólo hallamos parsimonia, discreción, condensación textual, y un universo poético poblado de seres y ambientes extraños a su realidad inmediata; y si tal vez llega a expresar una experiencia vital, la reduce hasta su quintaesencia, mezclándola a visiones proyectadas por su peculiar imaginación.

Todos estos rasgos harán que Eguren siga creciendo en el seno del modernismo. Por lo pronto aquellos que hasta ayer eran los más representativos, hoy sólo despiertan preocupación histórica, y muchos de sus versos parecen piezas de museo literario; en su lugar se recurre cada vez más al autor de "Simbólicas", para señalar los mejores momentos de la escuela, con cuya historia oficial poco tuvo que ver él por añadidura. Por otra parte, su vida y obra unidas en un indestructible bloque, su radical voluntad de estilo, sus inusitadas sinestesias, su sentido de lo maravilloso, su onirismo, en fin, hacen de Eguren un artista de estos tiempos, pero no sólo cabeza de solitarias minorías literarias sino tal vez una de las figuras claves en los orígenes de la poesía moderna hispanoamericana.

